

militares o político militares sino, ante todo, que haya sectores populares amplios que la sostengan porque no encuentran caminos democráticos para defender sus intereses vitales.

### **Pacto democrático**

Por consiguiente, para que cualesquier proceso de negociaciones traiga la paz al país se requiere un pacto, con mutuas concesiones, que produzca cambios democráticos, se necesitan reformas democráticas, en los niveles constitucional y legal, que permitan el protagonismo en la escena política y social a nuevos sectores políticos y de clase, que puedan pugnar allí democráticamente por sus intereses, sin necesidad de recurrir a la lucha armada.

No conocen la historia quienes creen que antes de que existiera la guerrilla en Urabá los obreros bananeros podían organizar sindicatos. Ignoran que los asesinatos de dirigentes sindicales en Urabá comenzaron apenas se intentaron organizar los sindicatos y no apenas apareció la guerrilla. Siempre han asesinado a los bananeros. Y lo mismo puede decirse sobre otros sectores populares.

La clase dirigente quiere que se desmovilice la guerrilla, que se desmonte la lucha armada popular, pero son pocos sus representantes, que como tal vez sí ocurre con gentes como Alvaro Leyva u Horacio Serpa, entienden que tal cosa es imposible en la Colombia de hoy, si no se desmoviliza el régimen político de la antidemocracia. La mayoría de la clase dominante sigue siendo partidaria de no hacer concesiones y de sostener en cambio proyectos como el de minireforma constitucional en trámite, que afianzan las restricciones a la democracia.

La negativa a realizar las reformas democráticas fue la causa más grave del fracaso del anterior intento de paz. Ojalá el proceso de paz que ahora se inicia entienda esta cuestión fundamental, porque si no, como decía Bateman, "así se disuelva el M-19, surgirá el M-20".

# Guerra sucia, o Pacto social de nuevo tipo

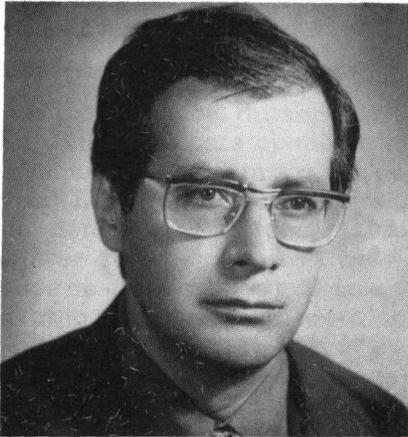
BERNARDO GARCIA\*

**L**os falsos problemas son el opio del pueblo y el oprobio de la dialéctica histórica con pretensión de ciencia. En realidad, la fase más científica de toda investigación es la definición de la problemática. Falsa o no. El resto es pura metodología. Por definición se está en los límites del conocimiento. En la zona donde empiezan las nebulosas de lo desconocido. Se procede por conjeturas, por hipótesis alternativas de trabajo, por aproximaciones sucesivas. La lógica de las proposiciones de una hipótesis le confiere validez al razonamiento; pero no garantiza su ve-

racidad. Los indicios inductivos, las tendencias empíricas, las recopilaciones de datos conocidos, procuran puntos de apoyo: fragmentos de una realidad en proceso de exploración. No existe "hágase la luz y la luz fue hecha".

Las llamadas ciencias exactas han padecido también de aventuras malogradas, de enfoques erráticos, puesto que su metodología más exacta al fin de cuentas, no hace más que traducir en términos de lógica matemática unas hipótesis que se ilustran luego con magnitudes estadísticas. Pero, ¿el fenómeno objeto de investigación se ajusta a esa determinada forma lógica? O ¿quizás estamos asistiendo a la cuantificación de funciones con algunas

\* Profesor de Economía, Universidad Nacional



Bernardo García: las reglas del juego son para todos

variables espúreas que cargan con el peso de otras que están ausentes? ¡Qué problema epistemológico y *científico* tiene también en sus lomos la historia de las "ciencias exactas"! Errar es humano y, en el terreno de la definición de las problemáticas, acertar es fruto provisional de un acumulado de intentos.

En las ciencias sociales (políticas, económicas, históricas, en las artes o "ciencias" de la guerra y la diplomacia...) esta fase decisiva está perturbada por el alboroto y por las sorpresas que depara la actualidad cambiante. Ya no estamos en la soledad de los laboratorios. Juegan las ideologías políticas, juega la prensa, juegan los intereses creados, juegan las geopolíticas y, sobre todo, juegan las consignas de partido, los programas de gobierno, las campañas publicitarias; sin hablar de la constelación de valores y prejuicios alojados en la cabeza de cada investigador y alterados en veces por intromisiones de policías y milicianos.

Esta zona de candela se transita a veces sin embargo con la mayor ligereza, hilando con despavilo sobre una pregunta reporteril o sobre la cuestión de moda instalada en la opinión pública. En ese

orden y donde reinan ideas confusas y problemas falsos, vale la pena preguntarse si el problema de la *guerra sucia* que agobia al país (y que ya agobió al Cono Sur del continente) está bien planteado. Esa idea primera bueno es someterla al debate, al seminario de investigación, al fogueo de versiones alternativas, antes de correr con el peligro de perseguir un gato negro en un cuarto oscuro donde no hay gatos. O de tener que dejar el cuento para más tarde y pedirle al pueblo que opine por votación ¿qué era lo que había allá dentro? —como lo están haciendo en Uruguay. Opinión mayoritaria, no más.

**Guerra sucia.** Se supone que se enjuician ciertos procedimientos y comportamientos en la guerra. ¿Pero el problema sí es de procedimientos? ¿No estamos más bien ante la imposición avanzada y bien generalizada de una nueva constitución, ante nuevas reglas del juego, ante un pacto social de nuevo tipo? ¿Estamos o no de acuerdo en que los grupos políticos tengan sus brazos armados? Ya no se trata de una fase insurreccional, en la cual —Lenin entre otros— instruye sobre la combinación de la lucha legal y la lucha ilegal, del trabajo abierto y el trabajo cerrado. No. Porque su condición *sine qua non* es que sea coyuntural y con separación radical de las formas de lucha.

Pero si es *permanente, combinada y a la luz pública*, estamos ante la definición de un nuevo pacto social. Allí no caben privilegios inadmisibles. Las reglas del juego son para todos o para nadie. Tema derivado es el secuestro de personas fuera de combate —temporal, permanente o definitivo. Tema secundario es el ajusticiamiento con o sin fórmula de juicio. Tema terciario es con sistema probatorio, vencido en juicio o por evidencias y convicciones íntimas. Tema cuaternario es si con intercambio de prisioneros o sin él. Tema adjetivo, en fin, si es con recintos sagrados o con fluidez espacial.

Cuando el problema desborda con generosidad el esquema de los frentes guerrilleros y los diagramas de los grupos paramilitares, para convertirse en un fenómeno de autodefensa con centenares de grupos actuantes (sin que por ello se produzca una guerra civil generalizada), parece más bien que asistimos a la inauguración de un pacto social de nuevo tipo, donde los condottieros son institución y los señores el derecho.

Apasionante leer historias de derecho constitucional. Parecen escritas por antropólogos que nos hablan de pueblos ignotos y costumbres extrañas. Pero además sorprenden las modalidades de esas constituciones. Las hay de piedra que guardan el resplandor del ancestro mientras las leyes las salpican de matices. Las hay nunca escritas pero esculpidas en el alma colectiva con el carácter sagrado de la tradición. Las hay de letra muerta mientras la sociedad transita por otros vericuetos. En fin, las hay vivas y actuantes; pero picadas por la viruela del populismo, por lacras de doble moral, o desgarradas por rachas anarquistas. Las hay de todos los temperamentos, talentos y perfiles. Pero siempre son y son así y no de otra manera, aunque traicionen los prototipos ideales.

Si estamos pues ante un Pacto Social de Nuevo Tipo, caben definiciones y acuerdos verticales. Cabe el *to be or not to be*. No caben lamentaciones, ni denuncias de doble moral (así se hagan a nombre de los derechos humanos) que se ganan alternativamente los premios Pulitzer de periodismo y los exilios oprobiosos. Los muertos están allí para testimoniar que los hechos tienen una tenacidad fría donde la política ficción no cabe.

Nadie puede jugar a todas las formas de lucha sin otorgarle al adversario esos mismos derechos —otorgados además, por la lógica implacable de la dialéctica histórica, y no por el mariposeo del más refinado filibusterismo.